

LA VIDA DE JUAN PARAGUAS

"Siervos inútiles somos, hicimos lo que teníamos que hacer" (Lc 17,10).

¿Será difícil y duro ser paraguas?

¿Has observado el complejo mundo de los paraguas?

Pues, los hay para todos los gustos: esbeltos y elegantes; toscos y fuertes. Este adorna sus extremidades con oro y marfil; aquel otro se pavonea con la pobre simplicidad de su empuñadura de madera. Algunos visten el negro austero y tradicional; otros son modernos y multicolores.

Pero... en realidad, poco importan el maquillaje, las apariencias: el paraguas sirve para parar-aguas. Es en aguaceros y tormentas donde se prueba su temple.

—"Te aseguro, hermano, que es triste ser Para-Aguas. Sólo cuando el cielo está negro y llora, o amenaza tormenta, se acuerdan de mí. Cuando brilla el sol y la vida sonríe, me quedo arrumbado en el rincón del olvido. Más todavía, hermano mío, aun en días de tormenta sólo van a buscarme, —te aseguro que lo he comprobado una y otra vez—, porque me precisan; no porque me aprecien".

—"¡Qué vida perra la mía! Puedo haber caminado cuerdas y cuerdas, bajo el viento, la lluvia y el frío; cuando se llega a destino me sacuden sin misericordia y nunca me invitan a pasar mucho más allá del umbral. Nadie me invita a acercarme a la chimenea donde la vida chisporrotea alegremente ¡No! Me dejan fuera. No vaya a ser que ensucie pisos y alfombras o arruine muebles y paredes. Allí me quedo solito, escurriéndome, mojando el piso con las lágrimas de mi soledad".

Juan Para-Aguas meditaba en el rincón del olvido, ese, su triste destino, cuando se le ocurrió que no tenía por qué conformarse con ser Para-Aguas, —lo que para él equivalía a ser Para-Nada—, y que, con algunos retoques podría ser un buen Para-Sol.

¡Dicho y hecho! :

—"En un santiamén me las arreglé para cambiar de aspecto. Esperé con ansiedad a que llegara un día de sol fuerte, y, como lo deseaba, me invitaron a pasear. Extendí los brazos con orgullo, para cobijar a mis nuevos amigos".

Pero, ¡le habían fallado los cálculos al pobre Juan!

Su piel endurecida por tantos fríos y encallecida por innumerables tormentas, no resistía el calor. Hacia el mediodía, cuando el sol caía a plomo, se sintió desfallecer. Aguantó y aguantó cuanto pudo, pero finalmente su llovido esqueleto cedió y se derrumbó. Y... ocurrió lo que nunca antes: ¡Ahora sí que lo dejaron en el rincón del olvido, como a los muertos ya olvidados! Era notorio y manifiesto que ya para nada servía.

¡Ay, ay, Juan Para-Aguas! quisiste ser Para-Todo y terminaste por no ser (vir) Para-Nada.

—"Sí, hermano, te lo aseguro yo, Juan Para-Aguas: sólo quien se conforma con ser Para-Algo termina por ser Para-Todos, querido".

"Para-Aguas inútiles somos, hicimos lo que teníamos que hacer".